

## EN PRIMERA PERSONA

«Atendemos en casa a quienes no pueden acudir al hospital. O ya no lo necesitan»

«Cada día hacemos cientos de kilómetros por varios municipios. Falta personal»

# Ángeles contra el sufrimiento

TEXTO: ANTONIO BOTÍAS FOTOGRAFÍA: J. LEAL

La vida de muchos pacientes murcianos, más que de un hilo, pende de la superficie plastificada de una pizarra. Mientras sus nombres permanezcan en ella queda esperanza. Es un encerado blanco y pulido, moderno, con bordes estrechos de aluminio, en el que apenas un roce difumina las historias que atesora. En él se inscriben los pacientes de los que se encarga la Unidad de Cuidados Paliativos. Su principal cometido es cuidar a aquellos enfermos que no pueden desplazarse a la consulta. También a quienes ya, porque su enfermedad no puede recibir tratamiento en los hospitales, no necesitan hacerlo.

## UNA LABOR ANÓNIMA

«Somos pocos. Necesitamos ayuda» Cruzan inadvertidas las calles, circulan anónimas con sus turismos y, como si allí habitaran, entran a las viviendas donde esperan sus cuidados. Nadie les hace publicidad. Ni la desean. Pero, cuando algún familiar de los enfermos que miman las encuentra por casualidad, la conversación, los abrazos y los recuerdos se eternizan. En ocasiones, son custodias del soplo final de vida, de las últimas palabras de las personas a su cargo. Hasta se sorprenden, a veces, de que las familias les agradezcan su empleo. «Es nuestra

«Es duro escuchar a los que lloran al fallar los tratamientos», asegura Consuelo

obligación. Por esto cobramos», argumentan. Quizá olviden que este trabajo, mientras en el mundo quede un rastro de humanidad, no tendrá precio.

La Unidad está formada por dos equipos, con una doctora y una enfermera en cada uno. «Somos pocos –se apresura a explicar Ana mientras sus compañeras asienten–. Necesitamos dos unidades más para cubrir también el Noroeste. Allí no llegamos». Como mucho, han atendido a pacientes en Ceutí, Mula o Archena; pero de forma excepcional. A su cargo, pese a todo, tienen los enfermos que haya entre 400.000 vecinos.

La Unidad pertenece a la Asociación Española contra el Cáncer en Murcia, que preside de forma incansable, a veces heroica, el doctor Agustín Navarrete, jefe del Servicio de Oncología Médica de La Arrixaca. En la financiación del grupo, que se formó en 1997, colabora el Servicio Murciano de Salud. La Asociación facilita el personal y los vehículos. El Servicio ofrece el despacho, la coordinadora médica –la doctora Jua-

«A un paciente lo atendemos en su patio, debajo de una higuera»

na Campillo– y el material. En estos años han atendido a alrededor de 1.500 pacientes. Y otras tantas familias les están agradecidas.

## UNA INTENSA JORNADA

«A veces necesitan más ayuda»

Ana y Consuelo, Antonella y Alicia se reúnen cada día, a las ocho de la mañana, en un diminuto y cuidado despacho, en la planta cuarta del Hospital de Día de La Arrixaca. En el inmueble hay obras. Durante dos horas se dedican a planificar las visitas que deben realizar. Y atienden las llamadas telefónicas de quienes solicitan su ayuda inmediata. Bajo su custodia también hay enfermos del Morales Mesguer.

En algunas ocasiones, aquel despacho que pasa desapercibido en la mole de hormigón del hospital, se transforma en un improvisado confesionario. «Es duro recibir a familiares que vienen llorando, que ya no saben qué hacer cuando falla el tratamiento», explica Consuelo. Alrededor de las diez de la mañana, cargadas con los medicamentos nece-



ATENTAS. Ana acaricia a una paciente mientras Consuelo le toma

sarios para la jornada, abandonan su sede. Y aún emplean unos cuantos minutos en desayunar en la pastelería *La Gloria*, situada frente del ambulatorio de El Palmar. Son apenas unos segundos para intercambiar los últimos pareceres sobre los tratamientos, una auténtica puesta en común de nuevas ideas e iniciativas.

«La atención y el cuidado –apunta Antonella– es médico, psicológico y social. Al final, terminamos estrechando lazos con los pacientes y, por ejemplo, nos invitan a sus cele-

braciones». En otros casos, sus servicios resultan algo más incómodos. Como en aquella ocasión en la que un padre moribundo les suplicó que buscaran a su hijo para despedirse de él. «Lo encontramos –continúa Consuelo–. Pero no quiso saber nada, se desentendió». A lo largo del día, los dos equipos realizan cientos de kilómetros, de casa en casa, de la huerta al campo, por carreteras comarcales y por autovía. Los pacientes siempre experimentan la misma sensación cuando las ven aparecer. «Se alegran. Quizá porque representamos su seguridad –considera Ana–. Sólo con tener nuestros teléfonos ya se sienten ciudadanos».

## «¡A MI CASA, DOCTOR!»

Descansar entre familiares

Al padrastró Estado le cuesta de media cada enfermo encamado en un hospital alrededor de 240 euros diarios. Una cantidad que, cuando la enfermedad hace presa en el cuerpo, resulta casi insostenible. O, cuando menos, incómoda. Por ello, articular sistemas que permitan al paciente recuperarse en su domicilio desahoga un tanto el presupuesto. Y el alma de quienes pueden disfrutar del entorno donde han vivido toda su vida. «En sus hogares –apunta Antonella–, las personas mantienen su identidad, están en su terreno». El tiempo adquiere otra dimensión y pesa



COMENZAR. Las enfermeras y las doctoras se disponen a tomar sus vehículos en La Arrixaca para realizar el recorrido.



CON PRISAS. La Unidad desayuna a toda prisa mientras comenta los últimos tratamientos e ideas para los pacientes.